

Valle Inclán y la generación del 98(1)

María Zambrano

Si la llamada generación del 98 tuviese un centro, una figura señera, sería don Ramón María del Valle Inclán. Miguel de Unamuno no pertenece propiamente a esa generación, aunque en ella suela incluirse, interior a ella, abrió en soledad su camino. Los dos murieron en el mismo año de 1936, en que estalló la Guerra Civil, al comienzo Valle Inclán, el último día, Unamuno, a la mitad Federico García Lorca. Mas Valle Inclán a pesar de ser figura señera de esa generación, anduvo solo; fue siempre imprevisible, paradójico más que don Miguel que pasaba por serlo tanto. Y más que don Miguel aún era un gran personaje de la vida intelectual española desde el final de siglo hasta su muerte que coincide con el fin de ese extraordinario renacimiento del espíritu en España y del espíritu de España, que se consumó en fuego, sangre, luz, palabra.

La llamada "generación del 98" marca un momento decisivo de la historia. Es el año en que España pierde las últimas posesiones de su imperio, de un imperio que nunca fue comercial. Y así se quedó en su ocaso, pobre, aislada políticamente, casi muda, casi inexistente; separada del mundo y de sí misma.

Pero el ocaso era también el alba. La generación del 98 y algunas personalidades aisladas, que la antecedieron o fueron con ella, fueron sus portadoras. Pues que este alba, antes que serlo de una recuperación política o de una reorganización económica, era el alba de la palabra: pensamiento, poesía, novela, teatro, poesía siempre en sustancia. Y como la palabra rescata, comunica, nace de las últimas profundidades del ser viviente singular, y es universal a la vez, así España comenzó a rescatarse a sí misma y a abrirse al mundo, especialmente a ese mundo al que en modo tan singular pertenece Europa. Fue una única acción ésta, mirada e históricamente adentrarse en sí misma y abrirse al mundo, a Europa como a algo próximo y universal a la vez.

Pero ésta aunque hoy se nos aparece una sola, entonces aparecía como dos acciones distintas, dos caminos a seguir: españolizarse, adentrarse en las entrañas de la casi desvanecida tradición española, o europeizarse; y cada uno de estos caminos tuvo sus ánimos adelantados en dos figuras, ninguna de ellas pertenecientes a la generación del 98; Unamuno que decía "españolizar a Europa", después de haber aprendido el danés para leer al entonces desconocido Kierkegaard –antes del 98- y Ortega, años más tarde, entendía europeizar a España, mas no miméticamente, sino introduciendo en la mente y en la actitud vital del español lo que de Europa le era necesario: cierto alimento intelectual, y aún más que esto, la voluntad de que España se elevara al nivel histórico, a la altura de los tiempos.

Los de la generación del 98, propiamente, no explicitaron su programa a este respecto. Fue una generación sin programa, sin manifiestos, y con menos cohesión de grupo de lo que de lejos puede parecer. Coincidieron más que nada en una actitud crítica y poética a un tiempo que se reflejaba en los temas y en el lenguaje mismo. Una nueva sintaxis comenzó a aparecer con Azorín, Baroja y Valle Inclán. El nuevo estilo nacía con una especie de voto de pobreza, como una purificación del barroco y del romanticismo, en un despojo de todo estilo, inspirado sin duda, por el afán de captar la realidad. De ello, Azorín y Baroja, son los dos más preclaros exponentes.

Mas, Valle Inclán era gallego, celta, lo cual quiere decir de una distinta religión bajo la católica que confesaba, de una distinta inspiración, por tanto. El pasado, los muertos, la muerte, le atraían, y dialogó con ellos desde el principio de su obra; el "modernismo" de la época le permitió una obra como la de las *Sonatas* que de auténtico tenía esa necesidad íntima de Valle Inclán, de revivir un pasado legendario, tormentoso, lleno de misterio; las pasiones avasalladoras y al par complicadas, se dibujan con una especie de delicado refinamiento. Mas ya en otras obras de este periodo se anunciaba el Valle Inclán de después, el descubridor de un nuevo género literario. Ciertamente que no era posible preverlo, y que solamente después de aparecido se advierte su temprana insinuación.

El nuevo género que Valle Inclán inventa, extrayéndolo de lo más hondo de una cierta tradición de la literatura española es el *Esperpento*. Se anuncia ya desde el principio por las situaciones elevadas al extremo, por los personajes y por el dibujo que de ellos se hace, como arquetipos de un modo de ser humano llevado hasta el último confín. Y esta pureza del arquetipo es el que salva la obra de caer en lo pintoresco, o en la simple deformación. Los personajes de Valle Inclán –y nunca escribió en prosa sin ellos- son arquetipos, como en los sueños significativos del destino vienen del remoto pasado, del más allá de la muerte. Mas no son fantasmas, tienen realidad y más que realidad, ser; más aún que vida tienen ser, o quizás muestran la vida como ser. Y por ello tienen la fuerza obsesiva de los monstruos, de los mitos, de los dioses. El lugar que habitan es una especie de Olimpo infernal; un Olimpo en que impávidamente los humanos se equiparan con los inmortales por la fiereza, por la integridad de su ser, por la impasibilidad con que sufren y apuran su destino; por la mirada lúcida con que asisten a su derrota final, ya descontada desde el inicio. Y por la aceptación total del desafío que les lanza la suerte, la humana suerte de nacer y morir, y la suya, la de cada uno. Difieren de Don Juan en que no desafían ellos los primeros, recogen tan sólo, con la misma inocente arrogancia el desafío del cielo, en una especie de sagrado cinismo, que viene de más allá de la "novela picaresca", de *La Celestina* tal vez en primer término.

La obra de Valle Inclán se libera, esplende en el *Esperpento*. No resulta fácil dar idea de lo que la palabra significa. Es una palabra acuñada no por los cultos, sino, sin duda, por el bajo pueblo, una palabra dada como tantas cosas de España a la desesperada.

Luces de Bohemia, escrito en 1924, narra la aparición del *Esperpento*. Teatro con algo de novela, presenta al mundo, el submundo en verdad, de la vida literaria del Madrid de principios de siglo. Sus personajes son los condenados del mundo vigente, de la sociedad, esa sociedad que se mantiene en el filo de una espada y que más que una sociedad parece una representación de ella. Una sociedad suspendida en el vacío. Cualquier soplo de aire podía derribarla. Mas sin embargo, pesa, "está ahí". Así había aparecido en las novelas de Galdós, pero la redoma era distinta. Ahora Valle Inclán más que apresarla, la alude, la añade y los protagonistas son estos héroes sin esperanza, marcados por una gloria que les rozó por un momento la frente; los que estuvieron a punto de escribir la obra genial, los que fueron visitados por la introducción lúcida, los candidatos a la creación poética, y a algo más, a no se sabe qué, los que pudieron ser: poetas, inventores, reformadores, santos quizás, los fracasados de una humanidad mejor, vencidos en una lucha sin bandera, Quijotes sin voluntad y sin Sancho lúcidamente se saben condenados, sin más lugar que éste de la vida a la desesperada, se devoran a sí mismos en un sacrificio anónimo; cesantes no sólo del empleo sino del destino.

Al final de *Luces de Bohemia* hace su aparición la palabra "esperpento" como último comentario ante el cadáver caído en la calle de su protagonista: "La vida es un esperpento" dice alguien, y es como la palabra del coro de la antigua tragedia.

¿Qué quiere decir? En esta tragedia moderna, el enigma se presenta al final más impenetrable que al inicio. No es simplemente el absurdo, el esperpento, no es la sinrazón, ni la total desesperanza. Es más bien, un contrasentido, un trastueque, una nueva versión de la quimera, de la quimera de la humana historia y de sus sueños, un algo absurdo, ridículo, que no se sabe qué sea, pero que algún día puede arrojar su sentido. Pues quizás el esperpéntico personaje sea el depositario de alguna recóndita verdad que sigue por ser rescatada. También a estos humildes héroes de Valle Inclán Don Quijote podría apadrinarlos.

(1) En *Aurora. Papeles del "Seminario María Zambrano"*, nº 3, Barcelona, 2001, pp. 145-147. Publicado en *Semana*, Puerto Rico, 31 de marzo de 1965.